

Pues resolvámonos de guardar muy bien nuestra lengua, diciendo con el Profeta David: "Para no pecar con mi lengua concerté y determiné de guardar mis caminos (1)." San Ambrosio, sobre estas palabras, dice (2): Unos son los caminos que habemos de seguir, y otros los que habemos de guardar: los caminos de Dios habemos de seguir y los nuestros guardar; porque no nos despeñemos y perdamos por ellos cayendo en pecado; y guardaremoslos, dice, si sabemos callar. En la Historia Eclesiástica (3) se cuenta que un monge, llamado Pambo, como fuese hombre sin letras, fué á otro monge sábio que le enseñase, y oyendo este verso: «Determiné de guardar mis caminos, no pecando con mi lengua,» no consintió á su maestro pasar adelante á enseñarle el segundo verso, diciendo: «Si yo la pudiere cumplir, bastarame esta sola leccion.» Y como despues de seis meses su preceptor le reprendiese porque no habia vuelto á tomar leccion, respondió: «En verdad, Padre, que la primera que oí tengo por cumplir.» Y despues de muchos años preguntóle uno muy conocido suyo, si habia aprendido el verso; y dijo: «Cuarenta y nueve años há que le oí y apenas le he podido poner por obra.» Y si habia, aunque él por su humildad dudaba; porque Paladio cuenta de él que tomó tan bien aquella leccion, y la puso de tal manera por obra, que antes que hablase y respondiese á lo que le preguntaban, levantaba siempre el corazon á Dios, y lo comunicaba y trataba primero con él, conforme al consejo que habemos dicho. Y dice que fué por esto tan ayudado de Dios, que cuando se quiso morir, dijo no se acordaba haber hablado palabra que le pe-

(1) Dixi custodiam vias meas, ut non delinquam in lingua mea. Ps. XXXVIII, 1.  
 (2) Amb. lib. 1. offic. c. 2.  
 (3) Histor. Ecclesiast. p. 3, lib. 6, c. 2.

sase haberla dicho. Surio cuenta de una santa virgen (1), que una vez guardó perpetuo silencio desde la fiesta de la Cruz de setiembre hasta la Pascua de Navidad, de tal manera, que en todo este tiempo no habló ni una palabra; lo cual dice que fué tan agradable á Dios que le fué revelado que con esta obra y mortificacion de la lengua, principalmente, habia alcanzado no pasar por purgatorio cuando muriese.



CAPITULO IX.

Del vicio de la murmuracion.

«Hermanos míos, dice el Apóstol Santiago (2), no murmureis unos de otros.» «Los que murmuran, dice el Apóstol San Pablo (3), son aborrecidos de Dios;» y el Sábido dice que son tambien aborrecidos de los hombres (4). Abominan los hombres de los murmuradores y tiénelos grande aversion y ojeriza, y aunque esteriormente se rien y parece que gustan, allá interiormente les parece muy mal y se guardan de ellos; porque temen, y con razon, que lo que hacen con otros delante de ellos, harán despues con ellos delante de otros. Esto bastaba para aborrecer y huir mucho este vicio: porque ¿qué mayor mal puede ser que ser aborrecidos de Dios y de los hombres? Pero dejado esto aparte, ahora solamente querria declarar brevemente la gravedad y malicia de este vicio, y cuán fácilmente puede uno llegar en esto á pecar mortalmente, para que procuremos estar muy lejos de ponernos en tan gran peligro. Su gravedad y malicia consiste en que os-

(1) De santa Maria de Oña.  
 (2) Nolite detrahere alterutrum fratres. Jacob. IV, 11.  
 (3) Detractores Deo odibiles. Ad Rom. I, 30.  
 (4) Abominatio hominum detractor. Prov. XXIV, 9.—Susurratori odium, et inimicitia, et contumelia. Eccles. V, 17.

curece y quita la fama y buena opinion y estima del prójimo; la cual es de mayor precio y valor que la hacienda y riquezas temporales, conforme á aquello del Sábido: «Mejor es el buen nombre que las muchas riquezas: ten cuidado del buen nombre, porque mas durable es para tí este que mil tesoros preciosos y grandes (1).» Y asi dicen los doctores que es mayor y mas grave este pecado de la murmuracion, que el pecado del hurto, cuanto es de mas precio y estima la fama y buena opinion que la hacienda. Y descendiendo mas en particular á tratar cuándo llegará la murmuracion á pecado mortal y cuándo será solamente venial, dicen lo que suelen decir comunmente en todos los demas pecados, que de su género son mortal; pero por razon de la poquedad de la materia puede ser venial, como hurtar una manzana ó un cuarto. Asi tambien el murmurar de su género es pecado mortal; mas tan liviana cosa puede ser la que uno dice de otro que sea solamente venial.

Empero advierten en esto una cosa que hace mucho al caso, para que se entienda el peligro que hay en esto y recato que es menester tener aun en las cosas que parecen pequeñas; y es, que muchas veces no son pequeñas, ni livianas las que á algunos les parecen tales. Dicen los teólogos que aunque decir de alguno un pecado venial, como fulano dijo una mentira, en los seglares no seria pecado mortal, porque es cosa liviana y que no les quita á ellos la fama; pero decir de un religioso un pecado venial y aun una imperfeccion, podrá ser pecado mortal, porque mas deshonra é infamia puede ser eso en un religioso que un pecado mortal en un seglar. Claro está que

(1) Melius est nomen bonum quam divitiarum multarum. Eccl. XXII, 1.—Curam habet de bono nomine; hoc enim magis permanebit tibi, quam mille thesauri pretiosi, et magul. Eccl. XI, 16.

si dijese yo de un religioso que es me nti roso, que perderia mas opinion y estima delante de vos el tal religioso que allá en el mundo pierde un seglar de vida poco concertada, porque digan de él que no ayuna toda la Cuaresma ó que sale de noche. Y asi es menester advertir que este negocio, de pecar mortalmente en murmurar y decir mal de otro, no se ha de medir por ser pecado mortal ó no lo que se dice de él, sino por la estima y reputacion que se le quita. Siempre habemos de ir en este fundamento y tenerle por primer principio en esta materia. Porque cierta cosa es que ser uno de casta de moros ó judios, no es pecado ninguno; y con todo eso, infamar á uno de esto, lo dán los doctores por pecado mortal. Pues de la misma manera, si yo digo de un religioso que es liviano, que tiene poco juicio (que es ejemplo espreso que ponen los mismos doctores), mas opinion y estima pierde el religioso con aquello, que un seglar porque digan de él algun pecado mortal, y asi hay mas peligro en esto de lo que parece. Tengo yo al otro por buen religioso, asentado y cuerdo; decís vos: «fulano es asi, asi;» volviendo la mano, y dando á entender que tiene poco asiento; mucho le deshiciestes con eso: mucho cayó de la opinion en que antes le tenia. Viene el otro de fuera, y si allá hubo alguna cosa de desedificacion, esta es la primera que cuenta y comienza á calificar al uno de altivo, al otro de porfiado y cabezudo, al otro de inquieto y bullidor. Esas cosas no son livianas, sino tales que desdoran mucho á un religioso. Si no, véalo cada uno por sí: si otro dijese estas cosas de vos, y fuese causa que os tuviesen en esta posesion, mirad cómo lo sentiríades: pues esta es la regla de la caridad que habemos de guardar con nuestros hermanos. Especialmente, que tratamos de perfeccion, y habemos de estar muy lejos de ponernos en

esas dudas y peligros, si por lo que yo dije perdió mi hermano notablemente de la estima y buena opinion que el otro tenia de él, y si llegó á pecado mortal ó no. Como decimos en el voto de la pobreza: ¿tengome yo de poner en duda, si lo que recibí ó di sin licencia, llegó á cantidad que baste para ser pecado mortal? Muchas veces no podemos determinar de cierto si llegó á eso ó no; pero harto trabajo es ponerse uno en ese peligro: por todo cuanto hay en el mundo no se ha de poner uno en esa duda. Es menester que andemos con mucho cuidado y recato en las cosas pequeñas, porque si no, muy presto nos hallaremos llenos de escrúpulos y remordimientos y de dudas de pecado grave. Y en esto del murmurar, es aun mas necesario este cuidado, porque es muy grande la inclinacion que tenemos á esto, y la facilidad y ligereza de la lengua es tambien muy grande. Esta diferencia hay de los que tratan de perfeccion á los que no tratan de ella; que los que tratan de perfeccion hacen mas caso de faltas pequeñas que los otros de grandes. Y esa es una de las cosas en que se echa mucho de ver si uno trata de veras de su aprovechamiento ó no.

De nuestro Bienaventurado P. S. Ignacio leemos (1) que de faltas de los de casa tuvo siempre un estraño silencio: porque si alguno hacia alguna cosa, no de tanta edificacion, no la descubria á nadie, sino á quien la hubiese de remediar; y entonces, con tan grande miramiento y recato, y con tanto respeto al buen nombre del que habia faltado, que si para su remedio bastaba que lo supiese uno solo, no lo decia á dos. De aquí habemos de aprender nosotros cómo habemos de hablar de nuestros hermanos. Si nuestro Padre, con ser superior, y po-

(1) Lib. 5, cap. 6 de la Vida de N. S. P. Ignacio.

der decir y reprender las faltas de los de casa delante de todos en castigo de ellas, andaba con este recato, y esto aun en faltas pequeñas y menudas, ¿cuánto mayor razon será que nosotros lo andemos?

San Buenaventura pone esta regla para hablar de los ausentes: «Asi habeis de hablar del ausente, como si él estuviera presente, y lo que no os atrevierades á decir de él si estuviera presente y lo oyera, no lo habeis de decir en su ausencia (1).» Entiendan todos que tienen seguras las espaldas en vos. Esta es una regla muy buena y que abraza asi las cosas graves como las que parecen livianas, que son las que muchas veces nos suelen engañar, porque algunas veces no son tan livianas como entonces nos parecen, como queda dicho. Y asi no nos habemos de escusar con esto, ni con decir que no hacen los otros caso de aquellas cosas, ni con decir que son públicas; porque la perfeccion que profesamos no admite estas excusas. Asi nos lo enseña nuestro Padre (2), el cual nunca hablaba en su conversacion de los vicios ajenos, aunque fuesen públicos y se dijese por las plazas, y queria que los nuestros hiciesen lo mismo. Sean todos de nuestra boca buenos, virtuosos y honrados, y tenga todo el mundo entendido que por nuestro dicho nadie ha de perder ni ser tenido en menos.

Si acaso supistes ú oistes alguna falta, guardad aquello que dice el Sábio: «¿Habeis oído ó sabido alguna falta de vuestro prójimo? muérase en vos, sepultadla allá dentro, acábase ahí y no salga fuera, que no reventareis por eso (3).» Alude el Espíritu Santo

(1) Erubescant dicere de absentibus, quod cum charitate non possent dicere coram ipso. *Bonav. in spec. discip. pag. 3, c. 3; et de inform. novit. pag. 1, c. 23.*  
 (2) Lib. 5, c. 6, *vita S. P. N. Ignatii.*  
 (3) Audisti verbum adversus proximum tuum? commoriatur in te, fidens quoniam non te dirumpet. *Eccl. XIX, 10.*

CAPITULO X.

á los que, habiendo tomado ponzoña y veneno, están con grandes ansias y bascas hasta echarlo y no hacen sino tomar remedios y aceites para ello, pareciéndoles que reventarán si no lo echan. Y trae allí el Sábio otras dos comparaciones para declarar esto mismo: «Asi como la muger que está de parto está con grandes ansias y congojas hasta echar la criatura; y asi como cuando enclavan una saeta ó garrocha en la parte carnuda de un toro, no pára ni sosiega el toro hasta echarla de sí, asi el necio no pára ni sosiega hasta decir la falta que sabe de su prójimo (1).» Pues no seamos nosotros de estos, sino de los cuerdos y sábios que tienen vaso y pecho ancho para encerrar y sepultar esas cosas, y que mueran y se acaben allí.

Nuestro P. general Claudio Aquaviva, en las industrias que escribió *ad curandos animae morbos*, hace un capitulo muy substancial de la murmuracion, que es el diez y siete, y dá allí un consejo: que cuando aconteciere haberse uno desmandado algo en esto, no se acueste sin confesarse primero de ello. Lo uno, porque si por ventura llegó á cosa grave, que es fácil, no es razon acostarse con eso; siempre nos habemos de echar á dormir como quien se echa á morir. Y lo segundo, aunque no llegase á tanto, servirá eso de remedio y medicina preservativa para no caer otra vez en ello. Y no solo para este particular, sino para otras cosas semejantes, que traen consigo algunas dudas ó remordimientos, será provechoso este consejo, y mas por ser de nuestro Padre.

(1) A facie verbi parturit fatuus, tanquam gemitus partus infantis. Sagitta infixæ faemori carnis, sic verbum in corde stulti. *Ib.*

Que no habemos de dar oídos á murmuraciones.

El bienaventurado San Bernardo dice: «No solamente nos habemos de guardar de hablar lo que no conviene, sino tambien de dar oídos á ello; porque el que gusta de oír, provoca al otro á hablar; y tambien porque es cosa vergonzosa y torpe oír cosas malas y torpes (1).» El glorioso San Basilio, tratando del castigo que se ha de dar al que murmura y al que oye la murmuracion, dice (2) que al uno y al otro han de apartar de la comunidad. Igual castigo les da, porque si el uno no oyese de buena gana, tampoco el otro gustaria de murmurar (3).

Los teólogos en la materia de detraction tratan esta cuestion: si el que oye al que murmura y no le resiste, peca mortalmente. Y ponen algunos casos en que dicen que sí, como cuando fuese causa que el otro dijese mal de su prójimo, moviéndole á ello ó preguntándole de aquello, ó cuando por no estar bien con el otro se holgase que murmurasen de él, ó cuando ve que aquella murmuracion es daño notable del prójimo y puede estorbarla, porque entonces la caridad obliga que en aquella necesidad ayude á su prójimo. Asi como no solo hace mal el que pega fuego á una casa, sino tambien el que se está calentando á la llama que otro enciende estando obligado á acudir con agua para apagarla, asi tambien no solo peca el que murmura, sino tambien el que puede y debe estorbar la murmuracion y no lo hace; antes por ventura con el aplauso y buen rostro que

(1) Non solum nihil ipsi indecorum loqui, sed neque aurem quidem debemus huiusmodi præbere dictis: quia quem delectat audire, alterum loqui provocat; audire quoque quod turpe sit, pudori maximo est. *Bernard. de ordine vitæ et morum insti.*  
 (2) Basil. in *Regul. brev.* 26.  
 (3) Nemo invito auditore, libenter loquitur. *Basil. ib.*

muestra al otro, le da ocasion para que lleve adelante la plática. Otras veces dicen que será solamente pecado venial no resistir: como cuando por alguna vergüenza, por ser personas de autoridad las que tratan de aquello, no se atreve uno á decirles nada ni entremeterse en eso. Y advierten aquí una cosa que nos toca mucho á los religiosos; y es, que cuando el que oye la murmuracion es persona que tiene autoridad cerca de aquellos que están hablando, este tal tiene mas obligacion á resistir y volver por la honra del prójimo, y tanto mas quanto mas autoridad tuviere. Esto es lo que dicen los teólogos.

De aqui podemos colegir cómo nos habemos de haber cuando nos hallamos en semejantes conversaciones, y el peligro que puede haber en disimular, y callar, y pasar con ellas por nuestra inmórtificacion y pusilanimidad. Y como por nuestros pecados se usa tanto el dia de hoy esto del murmurar, que apenas saben los del mundo tener una conversacion sin tratar de vidas ajenas, y nosotros tratamos tanto con ellos, no dejan de ofrecerse escrúpulos en esta materia; «si lo pudiera estorbar, y no lo estorbé; si fui yo alguna ocasion que fuese adelante aquella plática ó preguntando algo, ó mostrando holgarme de oirlo, haciendo buen rostro á lo que se decia y condescendiendo con ello.» Pero dejemos escrúpulos aparte (porque en eso podrá alguno decir que bien sabe hasta dónde llega, y cuándo es pecado, y cuándo no); vamos siempre en este fundamento, que hablamos ahora con religiosos y con gente que trata de virtud y perfeccion, y que no solo pretende guardarse de pecado mortal y venial, sino que desea hacer siempre lo mejor y lo que es de mas edificacion y provecho para los prójimos. Pues supuesto esto, si cuando nos hallamos en una conversacion, donde están murmurando de nuestro prójimo,

callamos de pura inmórtificacion, de vergüenza y pusilanimidad, y pasamos con ello y lo consentimos, porque callar es consentir (1), ¿qué edificacion han de tomar aquellos, sino confirmarse mas en lo que hacen viendo que un religioso docto y siervo de Dios, y que tiene autoridad cerca de ellos, pasa con aquello y no les dice nada? Dirán: «esto no debe de ser pecado, pues el Padre calla.» Y si piensan que es pecado, y lo hacen delante de vos, desestimanos á vos y á vuestra Religion, pues se atreven á decir en presencia vuestra lo que es malo y pecado, y vos no os atreveis á contradecirlo, ni tenéis virtud ni fortaleza para ello.

San Agustin, por obviar á esta pestilencia de la murmuracion, tenia escritos, en el lugar donde comia, estos versos:

Ninguno del ausente aqui murmure;

Antes, quien piense en esto desmandarse,

Procure de la mesa levantarse (2).

Y cuéntase que como una vez comiesen con él unos obispos amigos suyos y comenzasen á soltar sus lenguas y decir mal de las vidas ajenas, luego les reprendió, diciendo, que si no cesasen de decir mal, ó habia de borrar aquellos versos ó levantarse de la mesa. Ese es buen ánimo: «Señor, iréme si no cesais de decir mal.» Y así dice San Gerónimo que lo hagamos: «Si oyéredes murmurar á alguno, huid de él como de serpiente y dejadle (3).» ¡Oh! ¡que se afrentará! Pues cabalmente por eso, dice San Gerónimo, le habeis de dejar con la palabra en la boca, para que quedé avergonzado, y así aprenda cómo ha de hablar

(1) Qui tacet consentire videtur.  
(2) Quisquis amat dictis absentum rodere vitam, Hanc mensam indignam noverit esse sibi. Refert Hyeron. tom. 7, aut Beda si ejus est ille tractatus.  
(3) Si quem alicui detrahentem audieritis, precul fugientes dimittite ut serpentem. Hyeron. in Reg. Monach. cap. 22.

otra vez (1). Este medio nos está muy bien á nosotros, ó avisarles que no murmuren, ó salirnos de la conversacion.

Cuando no pudiéremos usar de este medio, por parecer áspero y ser las personas de mucho respeto, dan los Santos otro mas fácil y suave, y es mostrar mal rostro á lo que se dice, para que entienda el otro que no me parece bien aquello, ni gusto de oirlo. Y es medio que nos dá el Espíritu Santo por el Sábio: «Asi como el viento cierzo desbarata las nubes, asi el rostro triste la lengua del que murmura y dice mal de otro (2).» Y en otra parte: «Tapa tus orejas con espinas, cuando oyeres murmurar (3).» Esas son las espinas con que habemos de tapar nuestras orejas: ese mal semblante, ese ceño y tristeza que mostrais en el rostro, cuando el otro murmura, son espinas que punzan al otro y le hacen compungir y que caiga en la cuenta de que hace mal en tratar de vidas ajenas: no se contenta el Sábio con que tapeis los oidos con algodón ó con otra cosa blanda, sino con espinas, para que no solo no entren allá las palabras malas, holgándoos de oirlas, sino que punquen el corazon del que murmura, y se corrija y enmiende: «Con la tristeza y gravedad y semblante del rostro se corrige el ánimo del que peca (4);» y por ahí viene á entender y caer en la cuenta que hace mal. De nuestro bienaventurado P. S. Ignacio leemos (5) que usaba mucho este medio. Acontecia algunas veces, estando con él, descuidadamente caérsele á alguno de los nuestros alguna palabra que no le pareciese á nuestro

(1) Ut verecundia victus discat de factis aliorum silere. Ibid.  
(2) Ventus aquilo dissipat pluvias, et facies tristis linguam detrahentem. Prov. XXV, 23.  
(3) Saepi aures tuas spinis, linguam nequam noli audire. Eccl. XXVIII, 28.  
(4) Per tristitiam vultus corrigitur animus delinquentis. Eccl. VII, 4.  
(5) Lib. 5, c. 5 de la vida de N. P. San Ignacio. B. del C., tomo XIV.—I.—EJERCICIO DE PERFECCION Y VIRTUDES CRISTIANAS.—T. I.

Padre tan á propósito ó tan bien dicha, y luego se mesuraba y se ponía con un semblante algo severo; de manera, que en solo verle, conocian los Padres que habia habido falta, y quedaba avisado y corregido el que se descuidaba. Y esto hacia muchas veces en cosas muy ligeras y menudas, cuya falta, por ser tan pequeña, á los otros se les iba de vista y se les pasaba por alto; porque no solamente él estaba siempre muy en sí, sino queria que los suyos tambien lo estuviesen.

Tambien es muy buen medio para esto mudar la plática y entremeter buenamente otras cosas, para cortar el hilo á aquellas. Y para esto no es menester esperar muchas coyunturas, ni que vengan muy á propósito, antes ese es el mejor propósito, el no venir muy á propósito; porque de esa manera entenderá mejor el otro, y todos los circunstantes, que no era bien tratar lo que se trataba y que le hicistes honra en no le reprender mas claramente y avergonzarle delante de todos; y si aguardais muchas coyunturas y propósitos y que se acabe la plática, ni el otro entenderá la cifra ni remediareis el daño. Asi como cuando el toro va trás algun hombre, le echan una capa para que se entretenga en ella y deje al hombre; asi cuando uno vá dando trás otro, murmurando de él, es muy buen remedio echarle una capa, que es otra plática, en que se entretenga y deje de murmurar. Y asi como al que echó la capa, se le agradece la vida del otro, asi al que divierte la plática y ataja la murmuracion, se le agradece y debe la honra y fama que defendió.

CAPITULO XII

Que nos habemos de guardar de todo género de mentiras.

Dice el Sábio: «Ante todas cosas os ha-

beis de preciar siempre de hablar verdad y nunca decir mentira (1)." Esto no parece que es menester encomendarlo mucho al religioso, porque ello se está harto encomendado. Aun allá en el mundo se tiene por gran vicio ser uno mentiroso, y decir á uno que miente se tiene por grande afrenta y deshonor; ¿qué será acá en la Religión, donde pierde mas opinión y estima con estos vicios que allá en el mundo? Bien se vé cuán baja y fea cosa sea esta, y cuán indigna de un religioso. Y así, muy lejos ha de estar la mentira de su boca, ni por escusarse y encubrir la falta: lejos está de la mortificación y humildad el que dice mentira para que no se sepa su falta ni le tengan en menos: habíamos nosotros de andar á buscar ocasiones de humillacion y mortificación, ¿y huís de las que se os ofrecen y de las que no podeis escusar sin pecar? Mucho desdice uno en eso de la perfeccion que profesa. Por la salvacion de todo el mundo, dicen los teólogos y los Santos que no es lícito decir una mentira: mirad si será bien decirla por no quedar corto ó corrido en alguna cosilla. Y así, de siete cosas que dice el Sábio que aborrece Dios, la segunda es la lengua mentirosa: *Lingua mendacem.*

Otra manera hay de decir mentira, aunque no sea tan de propósito, y es, cuando contamos alguna cosa, añadiendo mas de lo que fué. La verdad consiste en indivisible, y así cualquiera cosa que añada uno mas de lo que fué ó de lo que él sabe, será mentira. Y de esto suele haber comunmente mucho peligro, porque somos muy amigos de que parezca algo lo que decimos, y así lo querriamos hacer mas, y por eso conviene andar en esto con mucho recato.

Añade San Buenaventura (2) que habe-

(1) Ante omnia opera verbum verax praecedat te. Eccl. XXXVII, 20.

(2) Bonav. in spec. discip. part. 3, c. 3.

mos de huir de encarecimientos y exageraciones, porque no es gravedad ni modestia religiosa encarecer y exagerar mucho las cosas: vuestra verdad y gravedad ha de ser la que ha de dar autoridad á las cosas que decís, no las palabras supérfluas y de exageracion, que esas, no solo no dan autoridad á lo que decís, pero aun á vos os quitan la que teneis. Y la razon por qué quita la autoridad y crédito el hablar con estos hipérboles y encarecimientos, es porque muchas veces se encarecen las cosas mas de lo justo, con lo cual viene á haber mentira en ello, porque no es tanto como eso; y así, hombres encarecedores no suelen ser tenidos por muy verídicos, y pierden crédito y autoridad. De nuestro bienaventurado P. S. Ignacio se dice (1) que por maravilla usaba de los nombres que en latin llaman superlativos, porque en ellos se suelen encarecer algunas veces las cosas mas de lo justo, sino decia y contaba las cosas sencilla y llanamente, sin amplificarlas ni encarecerlas. Y estaba tan lejos de estos encarecimientos y exageraciones, que aun se decia de él que no afirmaba mucho las cosas que sabia.

Esta es doctrina muy buena, que nos enseñan aqui los Santos. El glorioso Bernardo dice: «Nunca firmeis ni negueis con demasiada aseveracion y certidumbre lo que sabeis, sino decidlo siempre con un poco de sal y gracia de alguna duda (2);» como diciendo: «pienso que es así; ó si no me engaño, así es: parece que lo he oido decir.» Si esto se sabe hacer con discrecion, es un modo de hablar modesto, humilde y religioso y de un hombre que no está muy fiado de sí, ni de su propio parecer, como no lo ha de estar

(1) Lib. 5, cap. 6 de la vida de N. P. S. Ignacio.

(2) Nunquam pertinaciter aliquid affirmes, vel neges, sed sint tuae affirmationes, et negationes dubitationis sale conditae. Bernard. in formula honestae vitae.

el que es humilde. Y por eso hablaban los Santos de esa manera, porque eran muy humildes y no se fiaban de sí. De Santo Domingo Loricato cuenta Surio, que cuando le preguntaban qué hora era, nunca respondia determinadamente, son las ocho ó las nueve, sino serán como las ocho ó como las nueve. Y preguntado por qué respondia así, dijo: «porque de esa manera estoy seguro de no decir mentira, ahora haya dado la hora, ahora esté por dar.» Esta es otra razon por qué es prudencia y modestia religiosa no afirmar mucho las cosas, sino con un poco de sal y gracia de alguna duda, como dice San Bernardo; porque con esto no se pone uno á peligro de mentira alguna, aunque aconteciese despues no ser así. Pero cuando se afirman absolutamente y con mucha resolucion y aseveracion, si despues se halla no ser así, como algunas veces suele acontecer, halláremos corridos de haber dicho una mentira y afirmarla tan de cierto. Y mas, será causa de desedificar al otro, que halla despues no ser así. Y esto digo aun en las cosas que nosotros tenemos por ciertas: porque si yo no estoy cierto, sino en duda de alguna cosa, y la afirmo absolutamente, esto tambien es mentira, aunque ello fuese así, porque digo lo que no sé, y á lo menos me pongo en peligro manifesto de que sea mentira lo que digo, que es la misma culpa.

Dice mas San Buenaventura: «No solo habeis de hablar siempre verdad, sino habeis de hablar llana y sencillamente (1),» y no con dobleces, ni con palabras equívocas que tengan diversos sentidos, porque esa es cosa muy agena de la llaneza y simplicidad religiosa; y aun San Agustin dice que el tal modo de hablar es mentira (2). Hay

(1) Sermo veridicus, et purus sit. Bonav.

(2) Omnis simulatio, et omnis duplicitas mendacium est. August.

algunos, que por una parte no querrian decir mentira, y por otra tampoco quieren decir la verdad, sino andan por rodeos y con equivocaciones para que entendais vos una cosa y ellos entiendan otra. En algun caso grave, lícito es hablar con palabras equívocas, para ocultar alguna cosa que conviene ocultar; mas en las pláticas ordinarias y comunes no es lícito; antes es vicio de hombres doblados y fingidos; y así, muy contrario á la pureza y sencillez, no solo de religioso, sino de la vida cristiana y aun política, porque impide la fidelidad y el trato y comunicacion humana de unos con otros, ni mas ni menos que la mentira clara y manifesta. Porque cosa cierta es que si ordinariamente fuese lícito este lenguaje, no se atreverian los hombres á fiarse unos de otros. Y así nos enseña la esperiencia, que cuando de algunos se sabe que tienen este vicio, aunque en otras cosas sean hombres virtuosos, no se osan fiar de ellos los que los conocen; antes los tratan con recelo y temor de ser engañados. Y así dice el Sábio: «El que habla sofisticamente,» que es con doblez, fingimiento y equivocaciones, «es aborrecido (1):» porque es tenido por hombre doblado, falso y fingido. Y así se debe huir mucho este lenguaje, no digan de vos lo que suelen decir de algunos: «fulano no dice mentira, pero tampoco dice verdad.»

CAPITULO XII.

Que nos habemos de guardar de palabras juglares y ridiculas, y de decir gracias y donaires.

El bienaventurado San Basilio dice: «Guardaos de palabras juglares y ridiculas, de palabras juguetonas, de andar triscando y burlando, porque esos son entretenimien-

(1) Qui sophisticè loquitur, odibilis est. Eccl. XXXVII, 23.

tos de niños, y el que trata de perfeccion es razon que deje de serlo, y sea hombre (1). Y añade el Santo, que estas burlas y entretenimientos hacen á uno remiso y negligente en las cosas del servicio de Dios, y quitan la devocion y compuncion del corazon; especialmente, dice (2), se debe uno guardar de decir gracias y donaires, porque esto es hacerse chocarrero y truhan, que es cosa muy indigna de quien trata de perfeccion.

San Bernardo trata muy gravemente este punto: «Entre los seglares, dice (3), los donaires pasen por donaires; pero en la boca del sacerdote y del religioso son blasfemias. Habeis consagrado y dedicado vuestra boca al Evangelio, y es ilícito abrirla para estas cosas, y acostumbrarlo sacrilegio, como el aplicar á usos profanos el templo consagrado al culto divino. «De los lábios del sacerdote, dice el Profeta Malaquias (4), han de buscar y oír los hombres la ciencia y ley de Dios,» no gracias, ni fábulas, ni chocarrerías. Aun no se contenta San Bernardo con que esté lejos el religioso de decir estas palabras de donaires y chocarrerías, sino quiere que esté tambien lejos de oír las y de gustar de ellas (5). Y dice que cuando otro las dijese delante de nosotros, nos habemos de haber en ellas como en las murmuraciones (6); procurando interrumpirlas y di-

(1) Neque in modum parvuli joculari velis assidue, quia non convenit ei, qui ad perfectionem nititur, joculari ut parvulus. Basil. in exhort. ad filium spiritualem.

(2) Basil. in const. Monast. c. 13.

(3) Inter saeculares nugae, nugae sunt; in ore sacerdotis blasphemiae.—Consecrasti os tuum Evangelio; talibus jam aperire, illicitum, assuescere sacrilegium est. Bernard. lib. 2 de consid. ad Eugen.

(4) Labia sacerdotis, ait Malachias (Malach. II. 7), custodient scientiam, et legem requirent ex ore ejus, non nugae profecto vel fabulas. Bernard. ib.

(5) Verbum scurrile quod faceti, urbanivo nomine colorant, non sufficit perorari ab ore, procul et ab aure relegandum est. Bernard. ib.

(6) Cap. X.

vertir la plática con alguna cosa seria y de provecho y mostrándoles mal rostro. Pues si aun de oír las, y de que se digan delante de nosotros, nos habemos de avergonzar, ¿qué será de decir las? Fea cosa es, dice (1), hacer aplauso á esas cosas, riéndose y mostrando holgaros de oír las; pero mas fea cosa es mover vos á otros á risa diciéndolas.

Dice Clemente Alejandrino (2), maestro que fué de Orígenes, y es doctrina de los santos Basilio, Bernardo y Buenaventura (3): «Manando las palabras, como de su fuente, del pensamiento y costumbres, no puede ser hablar palabras ridículas, sin que procedan de unas costumbres tridículas tambien.» Las palabras proceden del corazon (4); y asi, el que habla palabras vanas y livianas, dá muestra de la vanidad y liviandad de su corazon. Asi como en el sonido se conoce si la campana ó vaso está sano ó quebrado, si está lleno ó vacío; asi en la voz y sonido de las palabras se echa luego de ver el que está lleno ó vacío allá dentro, sano ó quebrado. El que habla estas cosas, suena á hueco. San Crisóstomo, sobre aquellas palabras del Apóstol: «Ninguna palabra mala salga de vuestra boca (5),» dice: «Cual tiene uno el corazon, tales son las palabras que habla, y tales son las obras que hace (6).» El santo mártir Ignacio, en medio de sus tormentos, nombraba muchas veces el nombre

(1) Foede ad cachines moveris, foedius moves. Bernard. ib.

(2) Cum verba omnia a cogitatione, et moribus emanent, fieri non potest, ut verba aliqua mittantur ridicula, quae non procedant a moribus ridiculis. Clem. Alexand. lib. 2 de Paedag. c. 5.

(3) Basil. in const. Monast. c. 13.—Bernard. in modo bene vivendi ad sor. serm. 30.—Bonav. in spec. disc. p. 4, c. 5.

(4) Ex abundantia enim cordis os loquitur. Luc. VI. 30.

(5) Omnis sermo malus ex ore vestro non procedat. Ad Ephes. IV. 29.

(6) Quae cor unusquisque habet, talia verba loquitur, et talia opera facit. Chrys.

de Jesus; y preguntado la causa, respondió: «Porque le tengo escrito en mi corazon, y por eso no puedo dejar de nombrarle;» y despues de muerto sacáronle el corazon, y partiéronle, y en cada parte hallaron que estaba escrito el nombre de Jesus con letras de oro. El que dá en decir gracias y donaires, no tiene escrito en su corazon el nombre de Jesus, sino el mundo y su vanidad, y eso está brotando por la boca. Y asi vemos que hombres que se precian de decir gracias y de hacer reír á otros con sus dichos y donaires, no solo no son espirituales, pero ni buenos religiosos. El P. maestro Avila declaraba á este propósito aquello del Apóstol: «Chanzas, que no son del caso (1).» Glosábalo él de esta manera: que palabras de gracias y chocarrerías, no solo no decian con la modestia del religioso, pero ni con la gravedad del instituto de la vida cristiana. Y léese de él en su vida, que palabra de donaire nunca se vió en su boca. Y de San Juan Crisóstomo nota Metafraste (2), que nunca dijo gracias, ni consintió á otro que las dijese. Estimaban esto tanto aquellos Padres antiguos, que la penitencia que manda San Basilio (3) se dé á quien hablare semejantes palabras, es, que le aparten por una semana de la comunidad: que era como un género de excomunion que usaban los monges, apartando á los tales de la conversacion y trato de los demas religiosos, porque no los inficionen y les peguen la roña, y para que ellos se confundan y entiendan que no merece estar entre los demas religiosos el que no trata y habla como religioso.

En la vida de San Hugon, abad Clunia-

(1) Scurrilitas, quae ad rem non pertinet. Ad Eph. V. 4.

(2) Metafrastes in vita S. Chrysoct.

(3) Basil. in animadversionibus adversus canonica delinquentes.

cense, cuenta Surio de un arzobispo de Tolosa de Francia, llamado Durano, que era amigo de oír y decir donaires y palabras ociosas. San Hugon, que era entonces abad del monasterio de Cluni, reprehendióle esto diversas veces, por haber sido antes monje de su monasterio, diciéndole que si no se enmendaba, tendria por esto particular purgatorio. Murió el arzobispo de ahí á pocos dias, y aparecióse á un santo monge llamado Siguino, y mostraba la boca muy hinchada y los lábios llenos de llagas: pidióle con lágrimas que rogase á Hugon hiciese oracion por él, porque padecia cruel tormento en el Purgatorio en pena de sus donaires y palabras ociosas de que no se habia enmendado. Refirió esto Siguino al santo abad Hugon, el cual mandó á siete monges que siete dias guardasen silencio por satisfaccion de aquella culpa: de estos, el uno quebrantó el silencio. Aparecióle á Siguino el arzobispo, y quejóse de aquel monge, que por su inobediencia se habia dilatado su remedio. Siguino fué con ello á Hugon: él halló que era asi verdad; encargó á otro el silencio por siete dias, y pasados apareciósele el arzobispo tercera vez, y dió gracias al abad y á los monges, mostrándose vestido de pontifical y su rostro sano y muy alegre, desapareciendo luego.

Especialmente se debe advertir aqui que nos habemos de guardar de gracias picantes, como son algunas palabrillas, que se dicen algunas veces por via de gracia y se tienen por agudezas, que suelen lastimar á otro, porque disimuladamente le notan ó en la condicion ó en el entendimiento ó ingenio no tan agudo, ó de alguna otra falta. Estas son unas gracias muy pesadas y muy peores que las pasadas, porque son perjudiciales, y tanto mas cuanto son mas gracia se dicen, porque quedan mas impresas en los oyentes y se acuerdan mas.